



1.- ¿Dichosa tú que has creído. ¿Te sientes feliz por ser creyente?, ¿qué aspectos de la fe de María pueden ser modélicos para tu fe?

2.- María se puso en camino... de prisa. ¿Te das tú prisa para atender a los demás?, ¿manifiestas esa disponibilidad a los planes de Dios?

3.- La criatura saltó de alegría.... ¿En qué momentos de tu vida has saltado de alegría al ser visitado por el Señor?, ¿qué puedes hacer para que Jesús siga visitando y alegrando a quienes más lo necesitan?

**¿Qué alegría saber que vienes!
Me ha dado un vuelco el corazón.
¡Qué alegría cuando he sabido
que la madre de Jesús, mi Señor
se ha puesto en camino y viene a visitar
mi vida y la de todos sus hijos!
Y me he dicho:
Dejaré la casa como está ahora mismo,
un poco desordenada y sucia,
un poco triste y un poco sola
de estar tantos años cerrada.
¡Nada de mentiras y disimulos!
Le esperaré con la puerta abierta, de par en par,
y le diré, cuando llegue: ¡Qué alegría, Madre!
¡Cómo es posible que la madre de Jesús,
mi Señor, venga hasta mi casa!
Y ya no podré articular más palabras,
sólo habrá alegría, mucha alegría...
y lágrimas.**



Nuestra Comunidad

D.L. 394-1991 AÑO 45 N° 2271 - 4º DOMINGO DE ADVIENTO
22 - Diciembre - 2024

Lectura del profeta Miqueas 5, 1-4a

Así dice el Señor: "Pero tú, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial. Lo entrega hasta el tiempo en que la madre dé a luz, y el resto de sus hermanos retornará a los hijos de Israel. En pie, pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor, su Dios. Habitarán tranquilos, porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra, y éste será nuestra paz."



Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Pastor de Israel, escucha, tú que te sientas sobre querubines, resplandece. Despierta tu poder y ven a salvarnos. R.

Dios de los ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó, y que tú hiciste vigorosa. R.

Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste. No nos alejaremos de ti: danos vida, para que invoquemos tu nombre. R.



Lectura de la Carta a los Hebreos 10, 5-10

Hermanos: Cuando Cristo entró en el mundo dijo: "Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad."" Primero dice: "No quieres ni aceptas sacrificios ni ofrendas, holocaustos ni víctimas expiatorias", que se ofrecen según la Ley. Después añade: "Aquí estoy yo para hacer tu voluntad." Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.



Evangelio según San Lucas 1, 39-45

En aquellos días, María se puso en camino y fue a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: "¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá."

Dan de la Palabra



En este cuarto domingo de Adviento, con cierto sabor a Navidad, la liturgia nos presenta la adorable escena de la Visitación de María a Isabel. Poco después de recibir la noticia de su maternidad, María decide visitar a su pariente Isabel, de cuyo embarazo se ha enterado por medio del ángel Gabriel. La que ha sido visitada por el Señor se apresura a visitar a Isabel y a transmitir la buena noticia que ha recibido.

El relato se mueve en un doble nivel: en un primer plano asistimos al encuentro entre las dos futuras madres. La reacción del niño en su vientre y las palabras de Isabel, inspiradas por el Espíritu Santo, nos indican que no es una visita de cortesía sino la visita del mismo Dios encarnado en Jesús. Por eso si Isabel bendice y felicita a María no es por venir a servirla a ella, sino por ponerse al servicio de Dios.

Un segundo plano, esta vez oculto, esconde el encuentro misterioso entre dos niños, que son los verdaderos protagonistas de la escena: los saltos de alegría del pequeño Juan suponen un conocimiento prenatal de la condición mesiánica de Jesús y de su papel subordinado a él.

Para acoger al Salvador es necesario recibir en la propia casa, como hizo Isabel, a la madre que nos lo entrega, alabando a Dios por su inmensa bondad (bendición), reconociéndonos indignos de su venida (humildad), saltando de gozo por su amor (alegría), fiándonos sin reservas de la Palabra del Señor (fe). Para recibir a Jesús es necesario aprender siempre en el corazón de la Madre.

Feliz
Navidad